

propriadamente a la Teoría de la filosofía cristiana, tal como la entendía Edith Stein. El estudio se concentra en investigar la afirmación de Stein en *Ser finito y ser eterno*. El contacto con Santo Tomás que llega tras su conversión supone un acercamiento a problemáticas filosóficas nuevas. Y, sobre todo, el redescubrimiento de la metafísica, especialmente en su sentido de ontología. En esta perspectiva, percibe con nuevas luces coincidencias y diferencias con respecto al método fenomenológico. Y, sobre todo, nota con más claridad el giro de Husserl cuando pasa de la fenomenología como método de intuición de esencias (fenomenología eidética) a la problemática de la constitución de los objetos y del yo trascendental (fenomenología trascendental). El conjunto de los estudios de Edith Stein, según Mario Filippa, le acercan a la postura de Maritain, a la hora de pensar el papel que la fe tiene en la filosofía.

En el cuarto capítulo, al estudiar pormenorizadamente su tratado sobre la estructura de la persona humana, sus juicios sobre Heidegger y, sistemáticamente, el papel de la fe en la obra *Ser finito y ser eterno*, le permiten al autor estudiar los modos de influir la fe en los escritos de Stein. Aquí ya no es sólo la idea que ella tiene de lo que es filosofía cristiana, sino el hecho de que su pensamiento, en muchos puntos, puede entenderse así. Como resultado de una fe que influye en su pensamiento filosófico. El autor del trabajo identifica cuatro modos: como estímulo, como criterio, como *excursus* (desarrolla lo iniciado por la razón) y como complemento. En conjunto, pues, este estudio responde al interés que suscita tanto la temática como la autora, dando abundantes sugerencias.

Juan Luis Lorda

María GUDÍN, *Cerebro y afectividad*, Eunsa, Pamplona 2001, 216 pp., 14 x 21, ISBN 84-313-1826-7.

La Antropología filosófica advierte cada vez con más claridad la necesidad de los datos aportados por las ciencias experimentales de cara a obtener una mayor comprensión de la realidad humana. Concretamente, una antropología que se construyera de espaldas a los avances de las neurociencias perdería de vista interesantes aportaciones sobre el cerebro humano imprescindibles para explicar la inteligencia humana. Por otro lado, un especialista en neurofisiología que prescindiera de la perspectiva filosófica, no podría hacerse cargo de manera global de la complejidad de la vida personal del hombre.

Este libro constituye un buen ejemplo de que el diálogo entre Antropología filosófica y ciencias experimentales no sólo es posible, sino necesario y fecundo. El tema de la afectividad humana es uno de los puntos en donde la reflexión filosófica ha encontrado más dificultades explicativas. En la perspectiva clásica los sentimientos y pasiones eran estudiados en la medida en que afectaban al obrar moral. En la filosofía moderna, por el contrario, se han intentado tratar desde el racionalismo y empirismo, pero sin terminar de encontrar un marco de comprensión adecuado. Por encima de corrientes filosóficas, nuestra experiencia cotidiana nos muestra la necesidad de comprender mejor nuestros sentimientos, y sobre todo, de gobernarlos. En estas páginas se encontrará de manera sintética qué puede aportar el estudio científico-experimental a la comprensión del mundo de la afectividad.

La exposición se divide en tres apartados. El primero se centra en una defi-

nición de afectividad humana, desde un punto de vista eminentemente filosófico. La segunda parte del libro (que lleva por título «Anatomía de la afectividad») constituye en núcleo de la exposición, en la que predomina la perspectiva neurofisiológica: se exponen de manera técnica, pero asequible a los no expertos, los últimos descubrimientos acerca de la naturaleza y funcionamiento del cerebro humano. Los capítulos del tercer apartado constituyen un esbozo de síntesis entre el saber experimental acerca del cerebro con la antropología y ética.

La tesis central del libro se podría resumir diciendo que el cerebro humano es mucho más que un simple instrumento del pensar. Nos relaciona valorativamente con el mundo exterior y con nuestros semejantes proporcionándonos una tonalidad de tipo afectivo-sentimental. Lo interesante es constatar cómo desde el punto de vista de la neurociencia el cerebro es, hasta cierto punto, una «construcción personal del propio yo». El cerebro humano se puede comparar a un sofisticado ordenador, a condición de señalar que se encuentra regido por una voluntad que establece sus propias conexiones neuronales, tanto al nivel racional como afectivo, de modo libre. De esta manera se pueden entablar puntos de contacto con la doctrina clásica de los hábitos adquiridos que vienen a constituir como una segunda naturaleza «construida» libremente sobre la naturaleza humana originaria.

Pero se podría decir que la finalidad primordial de estas páginas es la de proporcionar una base teórica válida para desarrollar la dimensión práctica de la afectividad. En efecto, un aspecto importante de la exposición consiste en indicar qué hacer con el mundo de los

sentimientos integrándolos mediante la educación en una conducta armónica, acorde con la persona humana. Este último aspecto, hace de este libro especialmente útil para educadores, además de para los interesados en disciplinas antropológicas.

José Ángel García Cuadrado

Gilberto GUTIÉRREZ, *Ética y decisión racional*, Ed. Síntesis, «Col. Hermeneia», Madrid 2000, 159 pp., 12,8 x 21, ISBN 84-7738-727-3.

El autor, Catedrático de Ética en la Universidad Complutense, plantea de manera clara y sucinta un problema particularmente añejo y actual de la ética. Desde el inicio mismo de la filosofía moral se ha entendido la conducta justamente moral como un obrar, una *agencia*, propia y peculiarmente humana. Lo cual significa varias cosas: en primer lugar, que se trata de acciones inteligentes y libres, es decir, acciones movidas o motivadas por razones ponderadas y elegidas racionalmente. Por ello el obrar moral se ha tenido siempre por responsable; el sujeto puede responder por qué ha hecho lo que ha decidido hacer. Y, en segundo lugar, el obrar humano no puede renunciar al originario deseo de su propio bien, al interés en obtener el máximo beneficio para él mismo de su acción. Ya desde antiguo, en efecto, ambas tendencias de las razones que se presentan como rectas y la de la búsqueda del propio interés chocan en ocasiones de modo conflictivo. El autor entiende que buena parte de la ética de lo que se ocupa es de resolver este conflicto.

Lo novedoso en la ética desde esta perspectiva es, por un lado, que en las sociedades modernas (acentuadas por el individualismo liberal y por la creciente